EL SEMBRADOR

PERIODICO INFANTIL

Diciembre, 1955 | Seminario Conciliar — Barcelona | Núm. 184

TODA BLANCA

¿Habéis visto alguna vez los campos cubiertos del blanquísimo manto de nieve?

¿Os habéis fijado en los rayos de luz que el sol derrama un día sin nubes?

¿No habéis mirado al cielo, en una noche serena, todo llenito de estrellas?

¿No os ha hecho reir la sonrisa graciosa de un niño inocente?

El alma de la Virgen, Inmaculada desde el día de su Concepción purísima, tiene todos los encantos: la blancura de la nieve, la luz radiante de mil soles, la solemnidad maravillosa del cielo estrellado, la gracia de la sonrisa infantil.

Todo lo que podamos decir y figurar los hombres es nada, si se compara con Ella. Dios inundó su alma de ríos de gracia, de torrentes de luz y de belleza.

Decir Inmaculada es lo mismo que decir la criatura predilecta de Dios: obra privilegiada que trabajaron las manos amorosas del divino artífice.

Era una noche...

Más clara que el mediodía. Cuando todo duerme el sueño de un merecido descanso. Los habitantes de aquel pueblo no pensaban ni por asomo lo que iba a pasar.

Pero Dios, que todo lo tiene prefijado de antemano, la había escogido para venir en ella silenciosa a la tierra.

... en una cueva, sin tener una cuna donde

(Sigue en la pág. 2)

EL RUISEÑOR

Dice una leyenda que el ruiseñor era uno de los pájaros que peor cantaba. Pero sucedió que en la primera Nochebuena que vieron los tiempos, había una de estas avecillas acurrucada en la cueva de Belén.

Cuando a media noche nació el niño Jesús y los ángeles del cielo bajaron a cantarle, el ruiseñor quiso prestar su homenaje al recién nacido, aunque tenía reparo en acercarse a él y mucho más en cantar.

El divino Niño extendió su mano para llamarle y el pajarito, aunque un poco avergonzado, se posó en ella. La Virgen, que entendió la tristeza de la avecilla, suplicó al niño que premiara su presencia en el establo aquella noche, concediéndola algún don. Y Jesucristo le hizo la gracia de su voz maravillosa, con la que entonó un himno de agradecimiento a Dios, hecho hombre, tan hermoso, tan hermoso que hasta los ángeles dejaron de cantar para escucharle.

Desde entonces es la admiración de cuantos mortales le oyen, sobre todo cuando, en recuerdo de la Nochebuena, lanza sus trinos a media noche, dejando a todos ensimismados.

¿Tú no le has oído nunca? ¡Claro! Eres aún pequeño y no te ha tocado velar de noche. Si alguna vez quieres saber lo que es cosa bonita, escúchalo, cuando alegra con sus trinos a las estrellas, que parecen prestar atención a su armonioso canto.

Dime, niño, ¿de quién eres?

Vosotros habéis visto muchas veces al niño Jesús en la cunita y sabéis muy bien todos que es el Hijo de Dios hecho hombre, que nació de la Virgen María. Y por eso no se os ha ocurrido nunca esa pregunta que hacemos muchas veces a quien no conocemos.

—Dime, niño, ¿de quién eres?

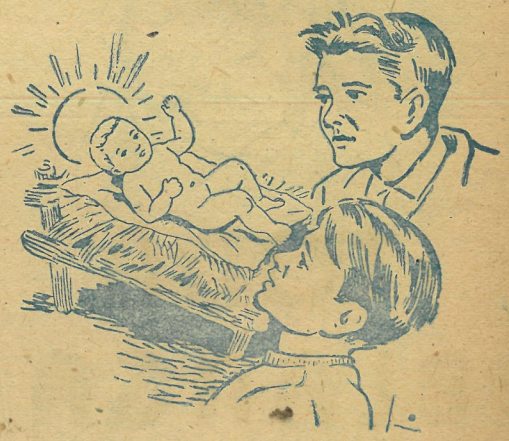
Si vosotros escucháis bien, el niño Jesús os responderá así:

—Soy el Hijo de Dios eterno, Dios con el Padre, que crió de la nada el cielo y la tierra, el sol y las estrellas, las plantas, los animales y los hombres.

Soy el hijo de la Virgen Santísima que tomé carne mortal para redimir al hombre y abrirle las puertas del cielo.

Soy pertenencia de todos los niños del mundo: porque a todos me doy y a todos los quiero mucho; soy tuyo, porque quiero entregarme a ti como dicha inefable en el cielo.

Soy el Hijo de Dios y de la Virgen y soy tuyo, mi buen amiguito.



Era una noche...

(Viene de primera página)

descansar, rodeado de ángeles invisibles, nació el Niño Jesús de la Virgen María, para demostrarnos su amor infinito.

Desde aquella noche, los años y los siglos han visto y verán sonrisas y cantares, alegría y bullicio todas las Nochebuenas.

El Niño que nació en Belén vino a traernos paz y dicha y por eso todos gozamos en esta fecha.

Alégrate tú, mi buen amiguito. Y sonríe al Niño que está en la cuna. Y mándale muchos besos con el corazón y con las manos. Y dile que tú le vas a querer más que ninguno.

Los Santos Inocentes

Vosotros ya sabéis que el rey Herodes, al saber por lo que le dijeron los Reyes Magos, que había nacido el niño Jesús, al que ellos llamaron "Rey de los judíos", quiso, enfurecido, matarle, para que un día no le pudiese quitar el reino.

Y, como no sabía a ciencia cierta quién era aquel niño misterioso, porque los Magos se marcharon sin volverle a ver, ordenó a sus soldados que matasen a todos los niños de Belén y sus cercanías que tuviesen la edad que él sospechaba que debía tener el niño Jesús. San José y la Virgen, avisados por un ángel, ya habían huido, y así salvaron la vida del Hijo de Dios.

Pero los niñitos de Belén pagaron con el tributo de su sangre la dicha de haber nacido cuando Jesús.

Hoy la Iglesia se los figura jugando con palmas y coronas de mártires junto a la cunita de Belén.

¡Qué bien si todos los niños del mundo se unieran a ellos para festejar al Divino Infante del portal, aunque para ello fuera necesario ofrecer como sacrificio la propia vida!

¡Bien se lo tiene merecido quien por amor a vosotros dejó el cielo y se hizo niño, como tú, y nació pobre en Belén!

HEMOS VISTO SU ESTRELLA

Todos habéis visto que en el portal del nacimiento siempre se pone una estrella grande y brillante.

Y no es porque en aquella noche bajara una estrellita así junto al niño recién nacido. Aunque si en aquella ocasión los hombres hubieran podido entender el hablar callado de las estrellas, las hubieran oído a todas entonar himnos preciosos para dar la bienvenida a Jesús.

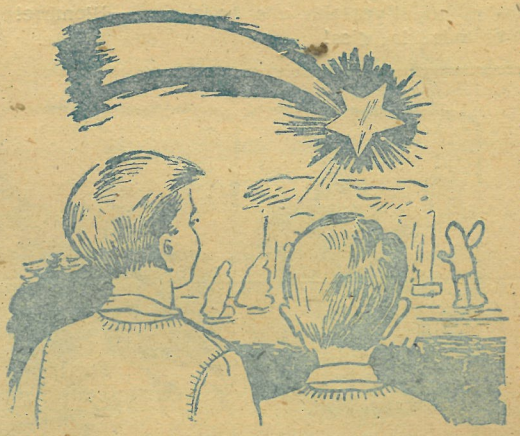
La estrella que allí se coloca figura a la que vino guiando a los Magos, que se detuvo misteriosamente en el sitio que estaba el niño.

Aquella estrella es figura del Hijo de Dios, hecho hombre, que vino a iluminar nuestro sendero por el mundo y a guiarnos por el camino del bien.

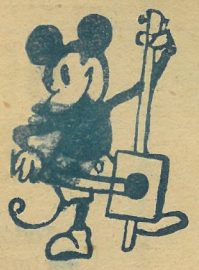
¡Hemos visto su estrella!, dijeron los Magos. ¡Cuántas y cuántas la has visto tú, niño querido!

¿No has pensado alguna vez en seguirla, seguirla hasta donde ella te lleve? No olvides que, siguiendo a Jesús, estrella radiante, siempre irás por el mejor sendero, porque El ha de orientar tus pasos hasta el sitio donde todo es dicha y gozo y alegría sin límites.

¡Sigue siempre a Jesús, porque también tú has visto su estrella!



Página Amena



CUANTO VIVEN LOS ARBOLES

Suelen, por lo general, tener una vida bastante larga. Como muchos tal vez se la quisieran para sí. ¡Toma nota: el olmo vive 335 años; el ciprés, 370; la yedra, 450; el naranjo, 630; el olivo, 700; el cidro de Líbano, 800; la encina, 1.500. el tejo, 2.800; el boabad, 5.150; el ahuehuete, 6.000. ¡Claro! Eso es contando con que antes al hombre no se le ocurra hacer leña de ellos. O que el niño no se encargue de romperlos cuando aun son tiernos, porque en ese caso ya sabéis vosotros que duran muy poco.

—¿Cómo piensas que he logrado reunir mi cuantiosa fortuna? ¡Trabajando veinticinco horas diarias!

—No exageres. porque el día sólo tiene veinticuatro.

—Sí, de acuerdo; ¡pero es que yo me levantaba una hora antes todos los días!

El guardia acaba de apresar a un raterillo que intenta huir.

—¡No, señor guardia, si yo no quiero escaparme! Es que quiero coger la gorra, que se la ha llevado el viento.

—¡Vaya, hombre!, replica el guardia. En ese caso, estate quieto aquí y yo voy a buscar la gorra.

—Vamos a ver, Juanita; si una criada tarda dos horas en barrer la escalera, ¿cuánto tardarán dos?

—¡Pues... cuatro horas!

—Siéntate, niña; no sabes matemáticas.

—Eso quizás sea verdad; pero es que yo sé muy bien lo que charlan las criadas.

—Fíjate el niño ese. ¡En dos meses se ha comido la herencia que le dejaron sus padres!

—¿Y le dejaron mucho?

—¡Hombre! Dos palomas y una gallina.

CUENTO JUDIO

Abraham era un avaro de los que saben guardar bien el dinero. Pero un día le llegó la hora que a todos nos espera y se murió.

Junto al cadáver discuten sus hijos, fieles imitadores de su padre, sobre el entierro que han de hacerle.

—Yo pienso, dice el mayor, que debiéramos hacerle entierro de primera, aunque nos cueste mil pesetas.

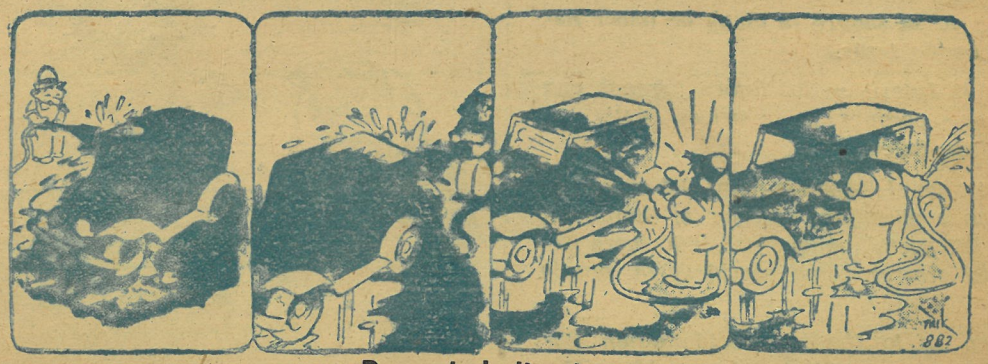
—¡No hombre, no!, dice el segundo. Papá se contentaría con un entierro de segunda, que vale bastante menos.

—¿Pero vosotros estáis bien? —replica el tercero. Ya sabéis que a él no le gustaba gastar un céntimo inútilmente. Hay que enterrarlo como a los pobres.

En esto el cadáver se levanta, toma la caja debajo del brazo y se pone a caminar, diciendo:

—No discutáis; me voy al cementerio andando.

¿Qué es la nada? —La nada es un cuchillo sin mango al que le falta la hoja.



Demasiada limpieza

(Con censura eclesiástica).